

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ Y DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

Por José Rojas Garcidueñas.

VIRREINATO de filigrana, llamó Alfonso Reyes a la etapa barroca de la Nueva España. Certera visión de poeta.

Filigrana de plata. Curvas y contracurvas barrocas, destacando sus retorcidas siluetas sobre fondos oscuros de terciopelos y brocados.

Filigrana de los retablos, dibujada por los reflejos de sus oros vibrando en las umbrosas naves eclesiásticas.

Filigrana de la palabra en los certámenes literarios, donde la metáfora se retuerce y la imagen se quiebra en el prisma gongorino de los siete colores.

Filigrana de la idea que se adelgaza en los arcaduces sutiles del conceptismo y salpica de gotas irisadas el discreteo de las comedias y desborda en la oratoria de los púlpitos.

Filigrana de hilos sutiles y brillantes de una cultura recargada de erudiciones clásicas: espuma que cubre los densos limos de una nacionalidad que se forma en su lenta incontenible fermentación.

En el virreinato de filigrana dos nombres sintetizan y representan lo mejor de su tiempo: Sor Juana Inés de la Cruz y Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

*

Sigüenza y Sor Juana, estrictamente coetáneos, pasan sus vidas, que comienzan y se extinguen casi a un tiempo mismo, bajo el mismo cielo, oyendo las mismas campanas, una y otro en el estado de vida religiosa que eligieron, ambos, en fin, impregnados hasta la médula en la cultura del barroco no sólo por su saber, y por la modalidad de su saber, sino por aquello que dejó establecido Max Scheller señalando que la cultura no es una categoría del saber sino una categoría del ser.

Por todas esas coincidencias fácilmente se pueden suponer las muchas similitudes que podrían encontrarse en estas dos grandes figuras, que

* Lectura en la sesión de la Sociedad Cultural "Sor Juana Inés de la Cruz", para conmemorar el cclxviii aniversario de la muerte de Sor Juana; en la Biblioteca México, el 17 de abril de 1963.

solas ellas bastarían a ennoblecer, si otras no hubiera —que sí las hubo y en no corto número— el México del virreinato. Acaso mejor propósito sería destacar las diferencias que marcan la personalidad de cada una de estas egregias figuras, pero esa doble etopeya de ningún modo cabría en el estrecho marco de esta plática cuyo objeto es el muy limitado de referir la amistad afectuosa que ligó a la poetisa y al erudito, recordando algunos momentos en que ambos confluyen en la creación de sendas obras que, por sus circunstancias y características, bien podríamos considerar no como obras distintas sino como las dos caras de una misma tarea literaria.

*

Sabemos, de cierto, que a Sigüenza y Sor Juana unió un aprecio mutuo, una profunda y afectuosa amistad, sin duda cimentada en las muchas inquietudes intelectuales y afinidades literarias comunes, amistad cultivada en largo trato que ocupó buena parte de la vida de ambos. Pero ignoramos no solamente los importantes matices de esa amistad, sino hasta sus condiciones más externas. Por ejemplo, no se sabe cómo y cuándo se haya iniciado su conocimiento y trato, aunque todo hace suponer que eso sería cuando ya Sor Juana estaba enclaustrada en el convento de San Jerónimo, Don Carlos ocupaba su cátedra universitaria y ambos ya destacaban en el denso medio literario que, por modas del tiempo, envolvía todos los actos de la vida de la corte y de las grandes instituciones eclesiásticas y civiles. No creo que se hayan conocido antes de esa época, a pesar de estar tan próximos y ser la ciudad, entonces, tan pequeña y tan reducido el medio social al que ambos pertenecían, y no lo creo así, por las particulares condiciones en que transcurrió la niñez y los primeros años de juventud de cada uno de ellos.

Carlos de Sigüenza y Góngora nació en México, acaso en la calle de la Estampa de Jesús María, en 1745. Tres años después nació Juana de Asbaje o Ramírez (no es cosa de discutir aquí el nombre que llevó en el siglo), en la hacienda de San Miguel Nepantla, su niñez transcurrió en Panoayan y Amecameca —todos esos lugares a 15 ó 20 leguas de la capital—, y su temprana juventud en México. Pero cuando Juana brilla, como un fugaz meteoro en la corte virreinal, ya Sigüenza está en el noviciado jesuita de Tepozotlán de donde irá luego a Puebla, y cuando él regresa a México y prosigue sus estudios en la Universidad,

esa fecha casi coincide con el momento en que tras las rejas de San Jerónimo queda, para siempre, Sor Juana Inés de la Cruz.

Sea como fuere, no hay duda de que en los años anteriores al de 1680, es decir cuando Sor Juana y Don Carlos frisaban, con escasa diferencia, en los 30 años de edad, ya ambos se conocían y cultivaban su amistad seguramente en visitas, consultas, acaso intercambio de libros y de objetos de estudio (que ambos estimaban y reunían con fruición) y en largas pláticas en el hoy destruido locutorio de San Jerónimo.

El prestigio y renombre de la monja poetisa corría paralelo al del erudito barroco, y ese paralelismo se vio consagrado cuando, en 1680, se les dio un doble encargo que, como antes dije, era como las dos partes de una misma literaria empresa.

Tiempo hacía que gobernaba la Nueva España el Virrey Arzobispo Don Fray Payo Enríquez de Ribera, pero en el año antedicho comenzaron a correr rumores de estar próxima la designación de nuevo Virrey. Alguna carta de Madrid, que se hizo pública por el mes de mayo, decía que estaba nombrado para ese puesto el Marqués del Fresno, pero la noticia era falsa. Dos meses más tarde llegó un aviso de que, en próxima flota, vendría el nuevo Virrey y que lo era el señor Marqués de la Laguna, y así fue. Al mediar septiembre arribó a Veracruz una flota de doce naos; desembarcó la virreinal pareja y quedó en el puerto hasta fines del mes. Emprendieron luego el lento viaje acostumbrado, que en esta ocasión duró todo el mes de octubre, porque se detenían largamente en sitios de importancia, sobre todo en Puebla, lo que aprovecharía el nuevo funcionario para ir conociendo algo del país y más de las cuestiones que estarían a su cuidado. El 30 de octubre comió el Marqués en Guadalupe y por la tarde se trasladó a la residencia virreinal de Chapultepec, donde empezó a recibir visitas oficiales que alterna-ba con otras, oficiales o no oficiales que él hacía, yendo algunas veces al Palacio Real, seguramente para disponer el arreglo de la parte que iba a ser su residencia particular. El 7 de noviembre tomó posesión de su cargo ante la Real Audiencia y luego enfermó, pero en la segunda quincena del mes prosiguió sus actividades, siempre viviendo en Chapultepec, hasta que finalmente hizo su entrada pública la que tuvo lugar, con fastuoso ceremonial, en las primeras horas de la tarde del sábado 30 de noviembre de 1680.

Recordando que fueron dos meses los transcurridos desde su salida de Veracruz hasta su entrada pública en México, se explica uno muy bien que pudieran prepararse cosas tan complicadas como los arcos triunfales a los que luego voy a referirme. Durante esos dos meses, o lo más

de ellos, Sor Juana y Sigüenza inventaron, proyectaron, dirigieron, toda esa elaborada florecencia de símbolos y alegorías, arquitecturas y pinturas, lemas, motes, epígrafes, versos latinos y castellanos, todas las figuras, alusiones, referencias, toda esa aparatosa maquinaria de erudición poética y laudatoria que había en los dos arcos y que luego ellos mismos describieron y explicaron, con sus adiciones poemáticas, en las respectivas obras.

Esa fue la ocasión en que la poetisa y el erudito se vieron más cercanamente, unidos por una casi común tarea que les encomendaron las autoridades. Dos arcos triunfales habrían de levantarse para la ceremonia de la entrada solemne del Virrey, uno lo dedicaba la autoridad civil, otro la autoridad eclesiástica: el Cabildo de la Ciudad encargó el suyo a Don Carlos de Sigüenza y Góngora, el Cabildo de la Catedral encomendó el propio a Sor Juana Inés de la Cruz; ambos laboraron asiduamente en esa ocasión excepcional que les permitía lucir su inventiva y mucho de su erudición a los ojos de los grandes y del pueblo, públicamente expuesta, con gran aparato de barroquismo, bajo el patrocinio de las autoridades que representaban a los dos poderes que verdaderamente regían al país.

No podría yo aquí referirme detalladamente a cada uno de los arcos, lo que sería transcribir las obras que sus respectivos autores escribieron para ese mismo fin y para perpetuar el recuerdo de la solemnidad, de los elogios al Virrey y de los homenajes que se le rindieron. Pero sí es necesario, por lo menos, aludir generalmente a todo eso.

El primer arco, en el camino que seguía el cortejo, fue el que hizo Sigüenza y dedicó el Ayuntamiento de la Ciudad. Se levantó en la esquina de la plaza de Santo Domingo, de modo que el Virrey, que venía por las hoy calles de Brasil, pasara bajo el arco al proseguir su marcha a la Plaza principal. Alcanzaba la enorme estructura, según informa Sigüenza, los 27 metros de altura por 15 de frente y 4.50 de profundidad; tenía dos fachadas, una veía al Norte y otra al Sur; arquitectónicamente estaba dividido en tres cuerpos y cada cuerpo en tres entrecalles separadas por columnas. Además de los vanos correspondientes a tres puertas (en el primer cuerpo de las tres entrecalles), había catorce espacios (siete en cada fachada), que Don Carlos llenó con barrocas alegorías, la mayor parte tomando como asunto en cada una de ellas a cada uno de los reyes de México, desde Acamapichtli hasta Cuauhtémoc; pero también había numerosos símbolos, emblemas, etc., en las basas, en los intercolumnios y las armas reales en el frontón que remataba el todo.

El segundo arco, costeadado por el Cabildo Eclesiástico y encomendado a Sor Juana, se puso junto a la catedral (que estaba todavía a medio construir), adosado al muro y por eso dicho arco sólo tenía una fachada y no dos como el anterior; más claramente, ese arco se levantó exactamente donde ahora vemos la portada lateral que mira a la hoy calle del Monte de Piedad, y el arco debe haber tenido unas dimensiones muy aproximadas a las de esa fachada o imafrente actual, pues así lo indican las medidas concordantes que nos dan los dos autores, aunque yo confieso que he tenido momentos de duda; porque si recordamos con bastante precisión los planos y vistas de México, como la preciosa firmada por Gómez de Trasmonte, debemos imaginar que las más de las casas tenían sólo un piso sobre la planta baja (me refiero al centro de la ciudad, no a los barrios donde las casas eran más bajas), lo cual daría una altura de diez a doce metros, cuando más, hasta los pretiles de las azoteas, de modo que puede imaginarse el efecto descomunal, grandioso, espectacular, que deben de haber producido aquellos arcos cuya altura era el doble que la de los edificios próximos, luciendo su derroche alegórico en medio de aparentes mármoles, jaspes, bronces y oros, también debidos al arte de los pintores sobrepuesto al de los muy hábiles carpinteros. Verdadera y completa escenografía, ¡pero con qué aliento!

Como dije, tanto Sor Juana como Don Carlos redactaron, inmediatamente después de la fiesta, dos obras también paralelas, en las que describen y explican las alegorías y símbolos que inventaron y que ornaron aquellos arcos, y ambos vieron salir inmediatamente de prensas sus escritos, como que los mismos eran, realmente, parte del homenaje tributado al nuevo gobernante.

Las portadas de ambas obras son, de suyo, bastante explicativas. Dice así una de ellas: *Teatro de Virtudes Políticas que constituyen a un Príncipe; advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas esfigies se hermoseó el Arco Triunfal que la Muy Noble, Muy Leal, Imperial Ciudad de México erigió para el digno recibimiento en ella del Excelentísimo Señor Virrey Conde de Paredes, Marqués de la Laguna. Ideólo entonces y ahora lo describe Don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático propietario de matemáticas en su Real Universidad. En México por la viuda de Bernardo Calderón, 1680.* Y la otra portada reza: *Neptuno Alegórico, oceano de colores, simulacro político, que erigió la muy esclarecida, sacra y augusta Iglesia Metropolitana de México, en las lucidas alegóricas ideas de un Arco Triunfal, que consagró obsequiosa, y dedicó amante a la entrada de el Excelentísimo*

Señor Don Thomás Antonio de la Cerda, &c. Que hizo la Madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa del convento de San Gerónimo de esta Ciudad. Con licencia. En México, por Juan de Ribera en el Empedradillo.

Como lo indica el título y lo explica el texto, Sigüenza tomó la serie de reyes mexicanos, que ya dije, y añadió al dios caudillo Huitzilopochtli, utilizando sus nombres, historia y tradiciones, como base y asunto de alegorías y simbolismo de las virtudes que un gobernante debe tener y que, en ese momento, atribuía al recién llegado Virrey. Bien sabía Don Carlos, y lo dice también, que la tradición era hacer todo ese derroche alegórico a base de temas clásicos de la historia y sobre todo de la mitología greco-romanas, como también de textos bíblicos. Por ello, gran novedad fue apartarse del gran peso renacentista y fijar los ojos en personajes de nuestra historia precortesiana, innovación que tiene, para nosotros, aires de incipiente nacionalismo —que entonces, para fortuna de Sigüenza, nadie sospechó—, claro antecedente de una actitud que, al desenvolverse y madurar, siglo y medio después, se tornó revolucionaria, en el más recto sentido de tan desgastado término. Por su parte, Sigüenza mismo siente la necesidad de justificar su gesto anti-tradicional, en uno de los capítulos iniciales, diciendo: “El amor que se le debe a la Patria es causa de que, despreciando las fábulas, se haya buscado idea más plausible con que hermostear esta triunfal portada.” Y en efecto, tan plausible y trascendente era su idea, que por ella y por otras semejantes es Sigüenza y Góngora el intelectual de más clara raigambre, en época aun tan informe sociológicamente, que extrae su savia nutricia de ese complejo cultural que es la nacionalidad.

Sor Juana Inés de la Cruz, siguiendo más de cerca los precedentes establecidos, tomó al dios Neptuno como símbolo fundamental de su invención, para rodearlo de otros muchos simbolismos derivados o conexos, aplicando su nombre, su genealogía, sus cualidades, atributos, acciones o hechos célebres, a los nombres, parentela, cualidades y virtudes del Marqués de la Laguna, explicando con detalles los “argumentos” o sea las escenas alegóricas y sus significados, que se pintaron en los ocho lienzos del arco, así como en las cuatro basas y dos intercolumnios.

Es evidente que esos arcos triunfales, como todos los que en la época de nuestro barroco se levantaron para festejar a los príncipes, eran creaciones primordialmente literarias que se traducían en formas plásticas (arquitectura y pintura). Y si dos arcos similares, cuya invención fuera encomendada a sendos autores, tuvieran dos temas distintos, sería un

hecho normal en que nadie vería oposición o contradicción y que no tenía por qué ameritar explicación alguna. Pero ocurre en este caso sí hay, por una parte, una amplia disculpa o excusa que pide para sí y elogios que tributa a la otra parte, lo cual expresamente dice algo y tácitamente dice mucho más, en cuanto que pretende borrar hasta la mínima sospecha de que hubiera oposición entre la obra propia y la ajena. Lo que allí hay es, como diríamos en nuestro lenguaje actual, la conducta típica de una persona que, por el nexo afectivo que la une a otra, cuida de que un acto propio, en sí mismo indiferente, pero que supone que podría ser visto como adverso hacia la persona de su estimación y por lo tanto herirla afectivamente, se apresura no sólo a dar toda suerte de explicaciones para evitar herirla sino que además, aprovecha ansiosamente la oportunidad para exhibir sus sentimientos de estimación y de afecto hacia ella.

Todo un capítulo, el Preludio III de su *Teatro de Virtudes Políticas* lo destina Don Carlos a ese fin, del modo más explícito. Comienza diciendo:

“Cuanto en el antecedente Preludio se ha discurrido [se refiere a la razón de no tomar por tema de alegoría una fábula clásica y preferir figuras históricas nacionales], más tiene por objeto dar razón de lo que dispuse en el arco que perjudicar lo que, en el que erigió la Santa Iglesia Metropolitana de México al mismo intento, ideó la Madre Juana Inés de la Cruz, religiosa del convento de San Jerónimo de esta ciudad; y dicho se estaba cuando no hay pluma que pueda elevarse a la eminencia donde la suya descuella, cuanto más atreverse a profanar la sublimidad de la erudición que la adorna. Prescindir quisiera del aprecio con que la miro, de la veneración que con sus obras grangea, para manifestar al mundo cuánto es lo que atesora su capacidad en la enciclopedia y universalidad de sus letras, para que se supiera que en un solo individuo goza México lo que, en los siglos anteriores, repartieron las Gracias a cuantas doctas mujeres son el asombro venerable de las historias... Pero le hiciera agravio a la Madre Juana si imaginara el compararla aun con todas; porque ni aun todas me parecen suficientes para idearla, por ser excepción admirable de cuantas con vanidad pueden usurpar lo de Eurípides (*in Medea*): Acaríciannos también a nosotros las Musas y, por su sabiduría, están entre nosotras; pero entre muchas encontrarás unas cuantas, verdadera estirpe de no indoctas mujeres. Nadie me culpe de que me difunda en sus alabanzas, si es que no

ignora haber sido merecedoras de sus elogios mis cortas obras, motivo bastante para que yo me desempeñe de lo que me reconozco deudor . . .”¹

¿Hay más clara expresión de ese gran aprecio, íntimo afecto y mutua amistad a que me he venido refiriendo?

Y luego se lanza Don Carlos en una empresa, típica de su barroca erudición, como lo es demostrar que Neptuno, el tema del arco de Sor Juana, no fue un dios fabuloso e inexistente, sino que fue un personaje real e histórico, descendiente de Noé, emparentado con los egipcios, señor de la desaparecida Atlántida y, por ese medio, antecesor o más concretamente progenitor de los Toltecas y Mexicanos.

Hoy nos hace sonreír (y aun puede ser que a alguien llegue a indignar) que un espíritu tan científico como el de Sigüenza fabricara tales combinaciones miticohistóricas. No es aquí lugar para juicios críticos que requerirían amplios antecedentes, pero sí debe considerarse la absoluta o radical diferencia de planos y de puntos de vista o de partida entre la cultura del barroco y la corriente de pensamiento actual, que en el campo de las estimaciones históricas tienen que llegar a una multitud de diferencias de todo orden. Por otra parte, eso que en Sigüenza puede parecernos imaginativo delirio no era tal, sino corolario de postulados ajenos, de escritores renacentistas y barrocos que, fascinados por los mundos nuevos que surgían ante sus ojos, en el espacio y en el tiempo, y no teniendo otros módulos ni bases para apreciarlos que su personal erudición procedente de los restos de la cultura grecorromana y la eclesiástica cristiana, era inevitable la distorsión en sus interpretaciones de culturas nuevas por medio de las antiguas, y por ello, a veces, hasta los más serios y sin duda sabios escritores, cayeron en equivocaciones aun más disparatadas que las deducciones de nuestro compatriota. Así, por ejemplo, de aquel, en su tiempo tan renombrado Kircherio, citado con veneración por Sigüenza y Sor Juana, cuenta Worringer lo siguiente: “El jesuita Atanasio Kirchner, famosísimo en su época, creyendo en la arraigada idea de que los jeroglíficos egipcios eran una escritura ideográfica (en la que cada signo significa todo un complejo de conceptos), leyó diez y siete signos del modo siguiente: «El benéfico rector de la procreación, el cuatro veces fuerte en el cielo, transmite por medio del benéfico Mophta la humedad atmosférica al Ammon, que en el infierno es poderoso, y que por su estatua y adecuadas ceremonias es impelido a ejercitar su fuerza». Ahora bien, una vez descubierto el verdadero sentido

¹ Carlos de Sigüenza y Góngora: *Obras históricas*. Ed. y prólogo de José Rojas Garduñas. Colección de Escritores Mexicanos, vol. 2., 2ª edición, Editorial Porrúa, S. A. México, 1960, pp. 246 y 247.

de los jeroglíficos, esos diez y siete caracteres han resultado ser sencillamente el nombre del emperador Domiciano, en escritura alfabética.”² Quede eso allí, porque seguir por tal camino nos alejaría mucho de nuestro propósito y volvamos a nuestro tema: la amistad y la estimación entrañable entre Sigüenza y Sor Juana, cuya mejor demostración está en ese Preludio III que he citado y en cuyo final se encuentra este rendido tributo, cuando escribe Don Carlos:

“Bastantemente juzgo que se ha comprobado lo que propuse en el título se refiere al de ese capítulo, aquello de no ser Noé fingido dios, a que me obligó la no vulgaridad de mi asunto, y por la reverencia con que debemos aplaudir las excelentes obras del peregrino ingenio de la Madre Juana Inés de la Cruz, cuya fama y cuyo nombre se acabará con el mundo.”³

Un aspecto en esas dos obras, el *Teatro de Virtudes* y el *Neptuno Alegórico*, que inclina a pensar en la colaboración de sus autores al elaborarlas, es la concordancia de buena parte de la erudición que las adorna. Aquí sólo señalo el punto, pues antes de decidirlo habría que hacer minuciosas y laboriosas investigaciones. Por ejemplo, para quienes no conozcan las mencionadas obras y para que tengan una cierta idea de ese aspecto erudito de ellas, diré que reducidas a cuartillas mecanografiadas, el *Neptuno* de Sor Juana alcanzará poco más de 50 páginas y el *Teatro* de Sigüenza unas 85, contando en uno y otro caso sólo la prosa y no las composiciones en verso con que terminan. Pues bien, Sigüenza hace en sus 85 páginas unas 360 citas mencionando 135 autores, aproximadamente; Sor Juana, más moderada, en sus 50 páginas hace 167 citas de 54 autores, de los cuales 36 coinciden con los citados por Sigüenza y 18 son diferentes.

También dejo apuntada mi sospecha de que la dedicatoria del *Neptuno*, que aparece firmada “Iglesia Metropolitana de México”, no son líneas de la pluma de Sor Juana sino de Sigüenza y Góngora y, de ser así, allí estaría el motivo por el cual esa *Introducción* que precede al texto de Sor Juana en su primera edición (la complementaria del arco y homenaje al Virrey), luego ya no apareció en la *Inundación Castálida*, primer volumen de la compilación de obras de Sor Juana, donde se recogió el *Neptuno Alegórico* y que fue publicado cuando aun vivía su autora. Pero también es ésta cuestión cuyo estudio debe ser completado y demasiado prolijo exponerlo aquí.

² G. Worringer: *El arte egipcio. Problemas de su valoración*. Traducido por E. Rodríguez Sadía. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1927, p. 43.

³ Sigüenza y Góngora. *Op cit.*, p. 259.

De modo diferente y en fecha apenas posterior a la de los arcos mencionados, hay otro momento, del que da testimonio la pluma de Sor Juana, en el que aparecen su propio nombre y el de Don Carlos, en un amable juego cortesano. Con motivo del año nuevo de 1681 hicieron en la corte una especie de rifa, en que la suerte habría de señalar fingidos enlaces de galanes y damas. Era como un pálido y lejano eco de aquellas amorosas servidumbres tan en boga en las cortes caballerescas del siglo xv; pero curioso es encontrar que aquí figuraron varias personas que sin pertenecer, propiamente, a la corte virreinal, es indudable que se las tenía por tan cercanas y ligadas a ella que los nombres de todos se entremezclan sin distingos. A tal suceso se refiere el romance de Sor Juana que lleva el No. 36 en el primer tomo de sus *Obras Completas* (edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1951, pp. 96 a 100). Descifrar los diez y ocho nombres completos de las nueve parejas allí aludidas no es empresa fácil, pero algunos son claros, por conocidos, pues la cuarteta que dice: "A don Carlos salió Julia, / para que, en mejor Esfera / sepa nueva Astrología / que se incluye en dos estrellas", es evidente que se refiere a Don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático de Matemáticas y Astrología en la Real Universidad de México y muy conocido redactor de "lunarios" que publicaba anualmente; la cuarteta que sigue menciona a un Guevara, que sin duda sería el presbítero Don Juan de Guevara, pariente de Sor Juana y su colaborador en la comedia *Amor es más laberinto*; la "Lisi", que menciona el verso 81 del romance, bien podría ser la Virreina Condesa de Paredes, que con ese poético seudónimo es tan nombrada en múltiples poemas de la monja; por último, toda la segunda mitad del romance la dedica Sor Juana a dar gentiles y modestas excusas de que ella haya salido, en el sorteo, como dama de don Francisco de las Eras, secretario del Virrey y caballero muy encumbrado en ese tiempo.⁴

Otra ocasión literaria en la que volvemos a encontrar participando ambos en ella a Sor Juana y Sigüenza, es el Certamen literario al que convocó la Universidad, en honor de la Inmaculada Concepción de María, en 1683. Don Carlos de Sigüenza y Góngora fue el secretario de ese concurso y luego nos dejó de él amplia crónica, en el barroquísimo volumen titulado *Triunfo Parténico*, en cuyas páginas, respecto al asunto que aquí nos ocupa, dice:

⁴ La indicación de ese romance, en que vemos otra prueba más del camino paralelo de Sor Juana y Sigüenza, la debo y la agradezco a don Francisco de la Maza, amigo y colega en textos barrocos.

“Diose el primer lugar (del Emblema Cuarto) al delicadísimo numen de don *Juan Sáenz del Cauri*, que redujo el asunto a estas acordes y numerosas cadencias [cita el romance que empieza “Cuando, invictísimo Cerda, / al Águila de María . . .] Diéronsele en premio dos bandejas de plata con que puede adornar su escaparate, y con ellos se le envió este epigrama:

¿Qué importará que se encubra
Sáenz, tu nombre en este trance,
si espíritu en tu romance
hay que tu nombre descubra?

Mas porque no formes quejas,
ya que te costó desvelo,
como a dos te premian, vélo,
pues te han dado dos bandejas.”⁵

Es fácil advertir que la firma: *Juan Sáenz del Cauri* es anagrama perfecto de *Juana Inés de la Cruz*, y el epigrama de Sigüenza (él, por ser secretario, hizo los epigramas un poco burlescos con que se entregaron los trofeos a los poetas premiados), lo corrobora, delatando, primero, que hay allí un nombre encubierto, y luego jugando con el vocablo *velo*, para aludir así al carácter monjil de quien recibe el premio.

De esa amistad que floreció en mutuo aprecio, sin duda en una afectuosa estimación, deben haberse conocido, en su tiempo, múltiples frutos literarios. Sabemos bien y lamentamos el extravío de la mayor parte de los escritos de Sigüenza y de muchos de los de Sor Juana, mas, a pesar de tantas pérdidas todavía ha llegado hasta nosotros algún eco de los poéticos testimonios de aquella afectuosa amistad, principalmente el soneto de Sor Juana a Don Carlos que dice:

Dulce, canoro Cisne Mexicano
cuya voz si el Estigio lago oyera,
segunda vez a Eurídice te diera,
y segunda el Delfín te fuera humano;

a quien si el Teucro muro, si el Tebano,
el sér en dulces cláusulas debiera,
ni a aquél el Griego incendio consumiera,
ni a éste postrara Alejandrina mano:

⁵ Sigüenza y Góngora: *Triunfo Parténico*. Biblioteca Mexicana de Libros Raros y Curiosos. Ediciones Xóchitl, México, 1945, pp. 313-315.

no el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro
agreste avena concordar pretendo;

pues por no profanar tanto decoro,
mi entendimiento admira lo que entiendo
y mi fe reverencia lo que ignoro.

Y de Sigüenza para Sor Juana, además de aquellas rendidas y elogiosas frases del Preludio III de su *Teatro de Virtudes*, antes citadas, sabemos que entre sus obras perdidas estaba un *Elogio fúnebre de la célebre poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz*, que Beristáin y Souza menciona, pero que el tiempo parece haber devorado irremediabilmente.

Aquella amistad y trato de Sor Juana y Sigüenza y Góngora debe de haber durado quince o dieciocho años. Por lo que ya dije puede suponerse que empezaría en la primera mitad de la década de los setentas de aquel siglo. En 1693 Sor Juana abandona las letras, vende sus libros y se consagra a un fervoroso ascetismo, en la extraña y todavía no explicada crisis que llena los cuatro últimos años de su vida. Por otra parte, parece que Sigüenza, en esa misma época, se ocupa arduamente en estudios de historia y luego en ciertas tareas científicas que le fueron encomendadas; su padecimiento hepático se acentúa y se refleja cada vez más en su carácter; también en 1693, se retira de su cátedra universitaria. Sor Juana murió en 1695, hoy hace exactamente 268 años. Ya dije que Don Carlos escribió un *Elogio fúnebre* y sin duda sintió hondamente agravarse la soledad que lo circundaba.

*

Asomémonos un instante a su aposento del Hospital del Amor de Dios.

Don Carlos está muy solo y ya no tiene intereses vitales. A pesar de la soledad, a la que se habituó por su vida de clérigo honesto y que él acentuó cuando dejó la casa paterna para irse, con más independencia, a ese aposento del Hospital del Amor de Dios, con sus libros, sus mapas, su anteojito, su astrolabio, su estuche de compases, sus pinturas antiguas, que le regaló el hijo de don Fernando de Alva Ixtlichóhuitl su amigo don Juan de Alva, Señor de Teotihuacán, sus cartas de correspondientes lejanos, a quienes no verá nunca, sus papeles propios llenos de notas, apuntes, versos, números... todas esas cosas que forman el mundo, el universo del intelectual sedentario, enclaustrado en sus há-

bitos y en sí mismo, encerrado en una serie de envolturas, desde las más íntimas inhibiciones hasta los más exteriores formalismos...

Envuelto en sus múltiples coberturas Don Carlos está muy solo... Está mediando el año de 1700, el día fue cálido, hubo truenos y en alguna parte del Valle de México cayó, de seguro, un aguacero pero luego las nubes se deshicieron y el aire y el cielo quedaron limpios. La tarde de verano va cayendo lentamente. Don Carlos está sentado en un sillón, cabe su mesa de trabajo; por costumbre ha tomado una pluma de las seis u ocho que tiene siempre allí, al alcance de la mano, en el cacharro de talavera, pero no escribe; da vueltas entre los dedos a la pluma y su mano izquierda pasa y repasa los botones de la sotana y Don Carlos, a la suave luz de la tarde muriente, se ve a sí mismo, hoy y ayer, en el yo verdadero, el de las sensaciones presentes y los recuerdos más actuales aún, más vivos, más yo, que otras muchas cosas más inmediatas...

Todavía siente, en las débiles piernas, el cansancio de la escalera que acaba de subir; estuvo en el templo del Hospital y dirigió el rezo vespertino, para los enfermos que pudieron asistir, los criados y algunos vecinos que suelen acudir a ese rezo temprano. Ahora suena el Angelus, que Don Carlos musita maquinalmente; caen las campanadas vibrantes de Santa Inés, allí a media cuadra, las muy sonoras de Jesús María, las de Catedral y en variada escala de intensidades las de toda la ciudad; si abriese la ventana y agudizara el oído acaso percibiría las muy lejanas: las de Santa María la Redonda, de la Santa Veracruz, acaso hasta las de San Fernando y de Santiago... En la mañana vio a los enfermos encamados, dijo la misa; más por bajar el desayuno que por otra cosa fue a las oficinas de la Mitra, que el Cabildo gobernaba en Sede Vacante, y se entretuvo charlando con varios clérigos, al regreso lo esperaba su sobrino y Don Carlos le entregó el dinero con que ayudaba a la viuda de su hermano; como no le trajeron las empanadas de Balvanera no pudo comer pollo y la carne que guisan de ordinario estaba dura; en la tarde pasó a Jesús María a saludar a su hermana Sor María Lugarda pero con prisa, porque quería ir hasta la Merced a ver a su hermano Fray José y no lo encontró... pasaba por el Puente Colorado cuando oyó las campanas de su iglesia y casi llegó tarde al rezo. ¿Por qué caminó tanto?, ¿a qué buscar a Lugarda y a José? Por nada, pero quería verlos... porque se siente solo, está solo...

Las campanadas del Angelus van callando... la luz decae muy lentamente. Don Carlos no ve ni los pliegos de papel, ni sus plumas, ni nada, Don Carlos se ve a sí mismo: hace ya cinco años fue a sepultar a su

padre en Jesús María; también hace cinco años murió la Madre Juana . . . la Madre Juana . . . Él la conoció hace mucho pero ya en el convento; al principio la visitaba con alguna frecuencia, con los años crecieron la amistad y la confianza y, sobre todo, la comprensión mutua, la íntima correspondencia intelectual . . . porque él fue su maestro en las cuestiones de geometría y cosmografía que ella le planteaba, y nunca tuvo Don Carlos (lo recuerda bien) discípulo más comprensivo y brillante, y en las cuestiones de letras era ella quien más pronto y más hondo captaba lo que decían los versos llenos de alusiones y oscuros significados, y nunca tuvo tampoco Don Carlos más seguro y eficaz guía en los vericuetos de forma y de emoción del barroquismo culterano . . . razón era, piensa Don Carlos, que todo eso nos hiciera muy propincuos.

No interrumpe el curso de sus recuerdos Sigüenza cuando el criado trae las luces de los velones, primero, y luego los menesteres de la parva merienda que toma, desapercibido, el Capellán.

Entre las sombras reales de la estancia pasan las suaves sombras de los recuerdos, ¡son tantos!, pero destacan aquellos de los felices días cuando, no en competencia sino en estrecha colaboración, discutían él y la monja las ideas y los puntos de ingenio para ornar sus respectivos arcos que les confiaran los dos Cabildos, a ella, el eclesiástico, el civil a él, y luego la redacción de sendas explicaciones.

Don Carlos se levanta, va hacia uno de los estantes envuelto en penumbra, pero él no necesita la luz; con mano segura elige y extrae dos volúmenes y regresa a su sillón. Abre un libro y el puro título *Neptuno alegórico* le deja un rato inmóvil con los largos dedos de la mano huesuda sobre la página con los nombres evocadores, luego hojea el otro, que no es sino uno de los pocos ejemplares que aún guarda de su *Teatro de Virtudes políticas*; se detiene y lentamente repasa las líneas del largo primer párrafo del Preludio III, escrito veinte años antes, tan henchido de sentimientos que se esconden y asoman, enredándose y desenredándose como las guirnaldas y lazos en la hojarasca dorada de un retablo barroco.

Hace ya un rato largo que callaron las campanadas del toque de ánimas. Las calles están silenciosas y desiertas, se ven luces tras las ventanas pero se van apagando y la ciudad duerme. Don Carlos de Sigüenza no lo hace, los recuerdos le han desvelado . . . retira los libros, toma una pluma y en la hoja de papel que la luz del velón tiñe de un suave tono amarillento, la pluma empieza lentamente a escribir una glosa barroca del horaciano tema *Carpe diem* . . .

*

Virreinato de filigrana. La cultura del barroco pone marco de filigrana a dos retratos, dos figuras pálidas, ambas con ropas talaras, ambas con sendas plumas entre los dedos y un fondo de estantería llena de libros. Por entre la filigrana de los marcos se miran, como hace trescientos años por entre las rejas del locutorio, y ella dice suavemente: *Dulce, canoro Cisne Mexicano...* Y él, como meditando, murmura: *Juana Inés de la Cruz, cuya fama y cuyo nombre se acabará con el mundo.*